

LA ESTATURA DEL ALMA

A mi buen amigo Manolo Brú. tan lejos ya,
pero tan cerca. siempre, de su muerte.

1

Tal vez morir a solas es demasiado orgullo,
es demasiado humano para el quehacer del hombre
—lento dolor de alegres orillas bendecidas
por la humildad que pide y acepta su consuelo—,
y es un vano estoicismo culpable que persiste
dentro de nuestros ojos cristianos que aún no saben
contemplar la inocencia del tiempo en el instante.
Pero morir es siempre conciencia de estar solo...
Y tú, crecido en años de cortés abandono,
de indecisión romántica y hombría casi adusta,
no pudiste a la muerte mirarla cara a cara
porque en tus labios mudos la costumbre de un rezo
de infantiles contornos y voluntad madura
apiñaba un rebaño de trémulas palabras
obedientes al silbo del Pastor amoroso.
No, tú, al pisar los valles crecientes del silencio,
escuchabas el eco vecino de otro paso,
y no estuviste solo con el toro en la plaza
pues no eras un torero de la virtud. Tu vida
nunca quiso ser más que su verdad, y al cabo
de tanto prodigar tu cordial entusiasmo,
tu oración vespertina te borró la mirada,
y entrabas en la altura de la noche serena
con ojos que cegaron para ver la evidencia
de su pobre esperanza mortal. Y estabas solo
con Dios, no con el término mezquino de tus días.

2

Ni siquiera con Dios te morías a solas.
Entre la muerte y uno, Dios, a secas, no basta.
Si el espíritu es ágil negador de sí mismo,
la carne no consiste más que en ser asistida.
Para morir no basta la estatura del alma,
y otro cuerpo, aún caliente, junto al nuestro se tiende